

Cuentos de la Peste

Sebastián Miguez Conde



El 13 de marzo de este año se declaró la Emergencia Sanitaria en nuestro país. El caos que veíamos acercarse desde China llegó y nos golpeó como un tren. Entonces las imágenes de supermercados vaciados, colas interminables en las farmacias, barbijos agotados, alcohol en gel vendido a precio de oro, el minuto a minuto de los infectados que nos atormentaba desde los informativos y las redes, los videos de cadáveres abandonados en la calle que se difundieron desde todos los medios casi como un acto de terrorismo, y el discurso del hay que cuidar al otro, y cuidarse, y guardarse para no morir o matar. En los siguientes meses supimos lo que era vivir con la actividad económica reducida al mínimo, las calles desiertas, el arte suspendido, las fronteras cerradas.

En julio, unos meses después de la declaración de Emergencia, mientras el mundo estaba sumergido todavía bajo los efectos nefastos de la pandemia, la editorial Fin de Siglo asume el desafío de reunir a 27 autores nacionales de diferentes edades, generaciones, estilos y trayectorias en un libro de cuentos. La consigna es la construcción de relatos vinculados a la realidad que nos atraviesa, resumida en el concepto de “La peste”.

El arte de la tapa es de Federico Murro. Se trata de una calle de ciudad completamente desierta, casi árida, en donde en medio de la escena vuela un tapabocas. Se puede leer en las vidrieras, los carteles, las paredes, el suelo, los nombres de los 27 autores de los cuentos que conforman *Cuentos de la peste*. Esta ilustración parece prepararnos para lo que nos ofrece el libro, que tiene que ver con un paisaje pandémico construido a partir de la voz de cada uno de los narradores.

La peste asume diferentes formas en cada uno de los relatos. En algunos casos la referencia a la pandemia actual es directa. Un ejemplo es el primer trabajo del libro: “Bolívar Baladán”, de Gustavo Alzugaray. En este cuento un comentarista mítico de fútbol en Treinta y Tres, que es capaz de construir el futuro a partir de la palabra, muere a causa de la Covid. No hay prólogo, lo que genera que el lector se encuentre directamente con la palabra escrita de Alzugaray y su abordaje sobre el tema. En este punto se puede asumir que la referencia directa a la Covid es la consigna.

Sin embargo, más adelante vamos a darnos cuenta de que la peste toma formas diferentes en cada historia. En “La gran quemazón de chanchos”, de Martín Bentancor, un periodista busca desentrañar el secreto relacionado a un hombre que desaparece misteriosamente durante la quema de una pila de cadáveres de chanchos infectados por la peste porcina de 1958.

Esa referencia directa a la peste se evapora en algunos cuentos y pasa a formar parte de la atmósfera del relato. Este es el caso de “Invasiones”, de Gonzalo Baz, donde lo desértico del paisaje de La Coronilla en el cual una pareja busca a una perra, sugiere la soledad urbana de una realidad de cuarentena.

La relación de los diferentes personajes es un recurso que aparece en varios trabajos y desde diferentes perspectivas. En primer lugar tenemos algunos ejemplos de la cuarentena como situación de la cual escapar, o de la que se logra evadir. En “Regreso a casa”, de Jorge Chagas, el narrador nos muestra a un hombre que desde el encierro obligado es capaz de viajar en el tiempo a un momento anterior donde fue feliz.

Otra perspectiva de la evasión de la cuarentena la vemos en “Una salida normal” de Fernando Villalba. En este caso un hombre busca escaparse a través del sueño químico construido a partir del consumo de benzodiazepinas. El personaje entabla (en la realidad del sueño) una relación extramarital con una mujer. Hay en este relato un interesante juego con los niveles de realidad: el de la cuarentena que sirve de punto de referencia para el relato, el de la realidad del personaje, y el de la realidad del sueño químico. La línea que divide esos niveles es difusa.

Uno de los elementos más ricos de esta heterogeneidad narrativa, es que encontramos diferentes visiones de un mismo fenómeno. Siguiendo con la cuarentena como marco contextual del desarrollo de los relatos, vemos que hay personajes para quienes la cuarentena no es algo tan terrible. En “1988/2020”, Natalia Mardero narra desde dos tiempos simultáneos la vida de una mujer que se siente amparada por la soledad del aislamiento. Por otro lado, la protagonista del cuento de Carolina Cynovich, en “Los acontecimientos según Marian”, busca conjurar con velas y cortinas a demonios intrusos que intentan perturbar la paz del aislamiento elegido. Este personaje nunca se entera de que el mundo sufre una pandemia.

El tenor de los relatos también es diverso. Martín Lasalt en “Vecino poeta”, nos muestra un relato tragicómico sobre el miedo de un hombre a que la cuarentena funcione como líquido amniótico para el nacimiento de poetas que, una vez nacidos, lleguen a su casa a golpearle la puerta e imponerle su poesía. En la línea de la “desdramatización” de la peste, tenemos el trabajo “Los últimos” de Rodolfo Santullo, donde un hombre encuentra paz en la soledad del casi fin de la humanidad.

La construcción de universos distópicos, colapsados, o futuristas, también es un recurso que aparece varias veces en *Cuentos de la peste*. Mercedes Rosende, en “El silencio de tanto tiempo”, construye un relato sobre una figura adolescente y solitaria que sobrevive a un mundo devastado. Juan Grompone en “Strogonoff”, inventa un Uruguay del futuro convertido en una federación de dos estados en la que un hombre visita una fría y misteriosa planta procesadora en Fray Bentos.

La peste, explícita a veces, otras diluida en la atmósfera, desaparece en algunos trabajos y deja latiendo los sentimientos de soledad y desamparo que se instalaron en la sociedad en esta realidad pandémica. Tal es el caso de “Latido”, de Andrea di Candia, donde la desesperación palpita en una mujer que se consume viva en una flor de fuego. Lo mismo pasa con “Marcado”, de Luis do Santos, cuento de una ternura enorme en el cual un niño se enferma de pena después de una despedida.

La relación con la peste es menos intuitiva en trabajos como por ejemplo “R.I.P. Fogwill”, el genial cuento de José Arenas donde el mítico escritor argentino es asesinado por Montevideo. Lo mismo pasa con “Hacer que el tiempo pase”, de Carlos Liscano. En este caso se trata de reflexiones sobre el tiempo, la pérdida y la creación, desdibujadas en los brotes de pensamiento de un poeta de setenta y un años.

En *Cuentos de la peste* no hay personajes que coman en ollas populares, no se hace referencia directa al terror del desempleo impuesto por la Emergencia Sanitaria, a la ferocidad del fuego del miedo, al fantasma del hambre contado desde dentro de la llama. No hay críticas al manejo político de las limitaciones al carnaval o al teatro mientras los ómnibus explotan de gente amontonada como ganado, ni a la inseguridad que provocan contradicciones iniciales de las posturas científicas frente a la pandemia.

La ausencia de estos temas, lejos de ser un defecto, es uno de los elementos más seductores de este libro.

El lector puede habitar por un rato, (además de los universos contenidos en los relatos ya nombrados), un crucero mientras colapsa la civilización en el cuento “Algo supuestamente divertido que no volveré a hacer. Por J.G. Ballard” de Ramiro Sanchiz; acompañar a una loca que le roba los zapatos a un pordiosero en “Lucidez”, de Natalia Fernández Coscia; explorar la relación de un hombre con su muñeca ruso-japonesa alquilada, en el trabajo “Las muñecas del señor Izumi” de Pablo Dobrinin; puede buscar un río que desaparece frente a un hombre a quien le han amputado un talón en el que se había instalado un nido de hormigas coloradas en “El río robado”, de César di Candia; seguir el hilo de un recuerdo hasta una cueva en Minas, en “Los viajes empiezan después de que uno llega”, de Diego Recoba; por unas horas perderse en la palabra escrita de Susana Cabrera, Juan Caballero, Fabián Muniz, Cecilia Ríos, Carolina Bello, Marcia Collazo, Ana Solari.

En “La flor de mi secreto” (Pedro Almodóvar, 1995) Gloria Muñoz y Marisa Paredes discuten sobre la realidad y la ficción, y como cierre a esa discusión y a esa escena memorable, Gloria Muñoz sentencia: “¡La realidad debería estar prohibida!”.

El no abordaje de la realidad desde el realismo sucio, o expresamente crítico parece ser parte de la consigna. La peste que es parte de este libro no es aquella que nos atraviesa, feroz y devastadora, es la peste que invita al goce estético de la lectura, es la peste sublimada a partir del arte del uso experto del lenguaje. El arte que puede, como toda vez, salvarnos por un rato del agobio de la realidad.

AA.VV. *Cuentos de la peste* (2020). Montevideo: Fin de Siglo. 272 páginas.